

germán garcía
nanina

Serie del Recienvenido
dirigida por
RICARDO PIGLIA

germán garcía
nanina

La *Serie del Recienvenido* propone al lector grandes obras de la literatura argentina de las últimas décadas del siglo xx, seleccionadas y prologadas por Ricardo Piglia. Los libros que conforman la serie han sido elegidos de acuerdo a la presencia –y la actualidad– que estas obras tienen en la literatura del presente. En un sentido estos libros han anticipado –o promovido– temas y formas que tienen un lugar destacado en la narrativa contemporánea. Siempre recién venidos, los títulos de la colección están en diálogo y en sincronía con las propuestas más novedosas de la literatura actual.



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 1968 (Buenos Aires, Jorge Álvarez)
Primera edición FCE Argentina, 2012

García, Germán

Nanina / Germán García ; con prólogo de Ricardo Piglia. - 1a ed.
- Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2011.
304 p. ; 21x14 cm. - (Tierra firme)

ISBN 978-950-557-903-7

1. Literatura Argentina. I. Piglia, Ricardo, prolog.
CDD A860

Diseño: Juan Pablo Fernández

Foto de tapa: Fund, 1974

Armado de interiores: Hernán Morfese

D.R. © 2011, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-903-7

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Prólogo | 9

Nanina

Lo otro | 13

Buenos Aires | 183

Lo otro

Pero se me dirá que hay sueños que cesan, que se tornan tan rebeldes que nunca los recobramos; hay los que se ocultan, las ocultaciones de los que quizá existan pero que no veremos ni reconoceremos más.

MACEDONIO FERNÁNDEZ

Nanina era el angelito de los niños que nosotros fuimos. Ilusorio, porque nuestra amistad con el Diablo era cosa probada por nuestros padres y aprobada por nosotros. Ella y el abuelo tenían la misma manera de escurrir el tiempo, de ocupar un espacio compacto y silencioso. Y el abuelo murió y Nanina no. El abuelo estaba frío en su cajón. Nanina estaba tibia bajo el sol: sus ojos cruzaban la noche. Era el camino ampliado ante sí: perderse tras ella en el monte que estaba frente a casa era encontrar, después del miedo, la certeza de que perder un camino es descubrir otro, instantánea, explosivamente, más allá del terror. El presente se abría frente a ella en el cielo de verano: ella fue nuestro presente. Y fue también el mundo blanco y esponjoso de su pelo en ese éxtasis de los arcoíris cada vez más raros porque las lluvias se hacían adultas y uno no levantaba ya los ojos al cielo. Tu agonía debajo de las palmeras marcó nuestros posibles horizontes: de Nanina a la muerte hay una red de imágenes y la siesta del sol da en nuestra piel, la arde, sin rescatarla nunca.

Nanina, sol y siesta son nuestra sagrada trinidad y aquí un baldío donde la pelota corrió kilómetros incontrolables entre

nuestras piernas: zigzagueaba seguida de nuestras miradas y caía picando cuando nos lanzábamos, uno trabando al otro, impulsados por la ansiedad de aquel verano. La figura de la pelota en el aire fue parte de nuestro lenguaje de signos invisibles a los mayores.

Antonio, mi padre, cruzó hacia el trabajo. Con las palabras de un amigo: *Cruzó orgulloso de su traje de mecánico*. Las acacias reseca y los tréboles y la gramilla vencida y amarilla, todo como paisaje: su cabeza tejía pedazos de una vida interminable, y siempre pasada. Cruzaba dentro de su traje de mecánico empujado por la brisa que hacía zigzaguear a la pelota en el vacío.

Tus pasos no marcaban el tiempo hacia la vida, y recorrías un mundo que no dejaba huellas detrás tuyo y era sólo un borrón hacia adelante: habías crecido antes de nacer y no podías.

El tiempo te absorbía fugaz y anónimo dejándote las arrugas por tu cuenta, los horarios de esclavos por tu cuenta, las botellas vacías por tu cuenta: fuiste demasiado grande para recorrer los caminos de Nanina. Si te hubieras incorporado, como un chico, antes de estar curvado con los brazos caídos y la cabeza baja y los nudillos apretados, habrías descubierto en un acto, como los locos, los suicidas, vencido y perdido, tu propio y único camino; pero ya el camino de la botella te tenía amarrado por su pico.

Dentro de la botella no está el sabor que se adueña de los vencidos y hace estallar el mundo de la imagen, dentro de ella el único camino del vómito en la noche, del sueño perpetuo. No sabías (como nosotros intuíamos) que la infancia no ofrece alternativas y que ella es crecer o morir, morir creciendo: la infancia es un rostro transitorio, un borrón en el cielo.

Aquí comienza la danza de nuestros movimientos diarios: Blanca, mi madre, bañó en un fuentón a Naty, después a Peti, después a Toti y después a mí. Aún su mano hace correr el agua por el cuerpo; aún el olor fuerte de aquel galpón-batea en cuyos tirantes las ratas tenían su circo.

Papá vivía matando a sus enemigos invisibles, aunque siempre evitaba sus caminos. Eran de Nanina los caminos del agua cuando la lluvia trazaba sus canales sobre el patio. Aún está allí la ventana con nuestras narices contra el vidrio; aún está allí la noche, un muro frenando nuestra huida hacia la calle.

Orino contra la pared. Las manchas de humedad se animan, se espesan en los contornos de las noches de miedo. Nanina se acomoda a mi lado y duerme con su pelo cálido, palpitante y eterno. Aún estoy despierto cuando la luz del amanecer hace surgir la porosidad de las paredes y los mapas rojizos donde el revoque se ha caído.

Mamá por milagro económico hace la comida y todos reunidos miramos las manos de papá, agrietadas de trabajo y grasa. Mi hermana soñó que se moría y está triste. La escuela llama desde una esquina cercana y Nanina se lame las patas delanteras sin mirar a nadie. Ella queda en manos del tiempo hasta que regresamos corriendo, arrojando los útiles en cualquier parte. La escuela está elegida antes que nosotros y cierra los caminos sin que nos demos cuenta. Comprendemos que las leyes de gravedad de este planeta nos caen muy mal: para soportar la escuela hubiera sido necesario un planeta más chico, un planeta donde nuestros cuerpos fuesen tan livianos como el de los pájaros. El ejército de maestras, blanco y férreo, sabe desviar las cosas más ocultas, taponar los vacíos de más aire y reducir a nada los caminos más libres de Nanina.

Cuanto menos quiero la escuela, más Nanina es la libertad: por ella descubrimos que los gatos no lloran, sino que gritan de placer, como nosotros cuando reíamos. Ella fue siempre lo contrario a la paliza: papá era paliza y por eso nunca estuvo en la siesta con nosotros. Él era él: era los pastos de su camino hasta que muera allí donde había regresado a sentarse en un árbol, a contemplar su vejez en la del árbol, en sus cortezas gruesas y quebradas por los años: antes había estado orgulloso de ser quien era, después el orgullo se perdió y papá se estrechó hasta que fue más amplio, por estrecho, que todas las amplitudes de la noche.

Lo cierto es que Nanina y él fueron extraños siempre. Sus únicos roces eran las patadas de papá a ella, que nosotros temíamos y despreciábamos como una de las formas de la paliza.

Ahora papá estaba seguro de que vivía en un mundo: un mundo duro y despiadado y pútrido: se aterraba de esa extrañeza que se operaba en él y que los compañeros de trabajo se empeñaban en asociar a la muerte, la locura y el vino. Ya loco, mejor dicho, ya superado su temor a estar perdido y comprendiendo que se trataba de su camino lejos de los otros, se sintió solo.

Desde los tallos rugosos veía con dolor y ternura y odio la vida de otros hombres: él fue otro hombre, se perdió sin resistencia junto y lejos de nosotros. Y no sólo papá. Nanina estaba mal: sus ojos enrojecidos, su lengua puntiaguda, sus dientes blancos y al parecer blandos; era ella mirando hacia la muerte, despidiendo su corazón como un trapo baba blanca y gestos extraños, erizamiento del lomo y crispación de su cuerpo: los ojos de Nanina se cierran frente a los nuestros.

Naty, mi hermana, dijo que el mendocino don Pedro, con olor a cebolla en el aliento y cara colorada, eso dijo Naty: él, su quinta, él, que tenía el cajón para su muerte y el de su señora doña Rosa sobre el ropero, él, dijo Naty, él la envenenó. Justamente él: cajón de muerte envuelto en tela negra; él, olor a cebolla; él, sus gestos, su maldita casa gris junto al baldío. Sus eructos sobre nosotros cuando nos regalaba duraznos eran los eructos de la muerte. Sus duraznos son ya la verdadera muerte que nos acechaba en la escuela, en los insuficientes, en las peleas, en los guardapolvos, rotos y mugrientos; doña Rosa y don Pedro son la muerte eructante de casa gris y aliento de cebolla.

La agonía de Nanina es como pasar de chico a loco y juntamos con frenesí la leña para la hoguera de San Juan: mamá con su pollera floreada y su blusa colorida cuelga ropa en el patio, tostándose los brazos.

Papá flotó entre él y su identidad como un extraño: quiso recordar y lloró y vomitó sobre la pollera floreada de mamá. Sus ojos, como los de Nanina: papá tenía la muerte de don Pedro en la mirada. Esa noche rompimos con furia la quinta don Pedro, sus hermosos tomates, sus ajíes queridos, su mundo de la muerte. Él era muerte y queríamos matarlo:

—¡Hay que matarlo, viejo puto! —dijo Toti, mi hermano, olvidando lo malo de las malas palabras.

Papá lloró toda la noche en nuestra pieza única; se llevó el cuchillo a la garganta y no se mató. Papá temía a la muerte y nos lo dijo una noche:

—Tengo miedo, mucho miedo —y en sus palabras yo estuve desamparado como nunca—. No nos queda nada —dijo también.

—¿Y la escopeta? ¡Nos queda la escopeta!

No, papá había cambiado la escopeta por un traje gris a un hombre del trabajo: no nos quedaba nada.

Pisoteamos las plantas, blasfemamos contra la quinta de don Pedro. Contra su roja cara-cementerio, contra su verde quintacementerio.

—No quiero otra cosa que no sea vino —dijo papá.

—No, viejo, ¡por favor! —dijo mamá.

Nanina vomitó, como mi padre, durante toda la noche. Nanina no se acurrucó en la cama, como mi padre; vomitó bajo la palmera con su cuerpo erizado, con sus uñas clavadas en la tierra.

Papá quería un camino donde la memoria no se anule para olvidar las cosas vergonzantes, un camino que no tuviera vergüenza ni martirio: sólo infancias de hombres. En ese camino imaginado y deseado buscó un rincón de luz, fervientemente luz; sus ojos y la luz; su boca y sus recuerdos y la luz. Estabas condenado a no encontrar nada de la luz porque nunca abandonaste tus recuerdos inútiles. Papá agradeció creyendo que moría las veces

que otros hombres volcaron su ternura sobre él. Lloró por su madre que, antes de ser la *muerta*, era vencida; ella había tenido la cara de sí misma, los gestos de sus gestos y él no tenía a nadie.

Este tu corazón que no es el tuyo no sirve para la ciudad, es un corazón para los fideos del domingo, para la vida y el llanto; no para el mundo, no para la vida de la ciudad.

La cabeza de papá se empapó de nubes oscuras, llameantes como nosotros contra don Pedro: el delirio creció en su cabeza. Todos sus pedazos arrojados afuera y para nada.

—Es el delirio del alcohol —decía el médico.

No es eso, aunque lo sea: es la muerte-don-Pedro con olor a cebolla. Es la muerte-tela-negra sobre el ropero de don Pedro y es el camino que se perdió sin que otro lo suplantase; es la muerte única e irrepetible de Nanina, la machorra que apareció esta mañana debajo de la palmera, muerta, estéril, sin cría y sin pena, con la boca estirada como una cámara de bicicleta. La noche de Nanina fue la de papá, aunque siempre por caminos contrarios. A papá lo llevaron envuelto en un chaleco de lona dentro de la Asistencia Blanca y Nanina está aún debajo de la palmera enterrada en el patio de la casa. El aire, el tiempo en su memoria contiene todo: el algodón de Nanina, el camino desdibujado para siempre de papá, la risa y los llantos de mamá, la muerte ya prevista de don Pedro: muchas otras muertes en este aire viciado desde siempre.

Son mis dedos los que se resquebrajan contra los fierros; soy el que va hacia el taller por el invierno, en una mañana que se confunde con el fin de la noche. Son mis ojos los que tratan de borrar las paredes para dejar de ver el brillo de la piedra de esmeril. En perspectiva, visto desde nada, mi cuerpo se curva en el patio y las manos se pegan a un fierro entre las gramillas duras por la helada. Entre varios, cada mañana, arrastramos las barras cilíndricas de metros de largo. Vamos del patio al galpón y las dejamos

junto a la fila de tornos en marcha. Alguien está en la otra punta y grita:

—Uno, dos, tres, ¡dale!

Le doy, y caigo hacia adelante.

—Es muy pibe, pongan a otro.

—No, no —dicen—, ¡es pajero!

—Igual, ¡pongan a otro!

Nunca pude saber cómo se dilata el tiempo en la memoria.

Una goma extendida por la fuerza del pasado. En el taller lavaba mis manos con kerosén y ahora saco un libro de la estantería y leo: *Miramos al belga, lo miramos, los tres, porque estaba vivo. Tenía gestos de ser viviente, podía pensar en mañana.* Mañana ya nada vuelve a ser para mí, hoy, aquí; o quizás mañana tenga más ganas que hoy de no trabajar, de no ir por esta calle hasta la esquina, de no seguir. Mañana, un solo acto heroico que me haga sentir menos feo que ahora, un acto que me dé ese color especial que tienen las caras de los héroes.

Llego al bar de la calle Uruguay obsesionado por la idea de escapar sin movimiento, digamos, escapar de fronteras, estarse loco un tiempo en otro lado.

El llamado Pájaro estaba en el centro del bar exhibiendo una mujer que lo acompañaba.

—Besá a papá —decía Pájaro. Y la mujer lo besaba; los demás reían. Todo el bar era, prácticamente, de la misma barra.

—Besá a tu papaíto querido, mi negra.

La mujer se agachaba hasta la cara de Pájaro apoyándole las tetas sobre el hombro. Los vagos reían como si el silencio fuera ese ruido que los cubría. Uno se acercó a Pájaro y le pidió un beso de su compañera. Pájaro dijo:

—¡Cómo no; besalo, nena! —la mujer lo besó y éste, sonriendo, trató de besarla en el cuello. La mujer saltó hacia atrás. Pájaro dijo:

—¡No te pasés!... —y le tiró un golpe. El otro lo esquivó y con pasos lentos y taimados se fue hacia la mesa, mirando a todos como diciendo: “¿y qué?”.

—Yo —dijo Pájaro— soy todo para los amigos, pero no creo que los viviyos sean amigos míos.

Ridículo con un desafío que le iba grande, recostado contra la columna del centro del bar. Un mozo junto a él simulaba querer calmarlo y por arriba de su hombro le cerraba un ojo al agresor. Otros se agrupaban alrededor de su figura agrandada y empequeñecida por la parada. Pájaro decía a todos que sí, que un amigo para ser amigo debe ser amigo. Estaban de acuerdo. Mientras rodeaban a Pájaro para calmarlo, el que le había querido besar la mujer, la tomaba de un brazo y después de breve resistencia la sacaba hacia la semiluz de la vereda, caminaban, hasta que se esfumaban en la oscuridad.

Miraba desde un rincón como si fotografiara. Pájaro notó la falta de la mujer y empezó a gritar:

—¡Marta, Marta! ¿Dónde estás, Martita?

Los demás se volvían sonriendo a sus mesas, y Pájaro, después de mirar hacia todos, salió a la semiluz, confundido, hasta hacerse también oscuridad. Distraído, pensaba en los 365 días de un año y multiplicaba por 60. Tenía vividos 19 años. Estaba sacando la cuenta exacta, cuando llegó el colombiano. Lo saludé con movimientos de mano en alto para que me viera. Sonrió desde la entrada y levantó la mano diciendo a su vez:

—¡Hola, amigo!

—¡Hola! —dije, aunque sabía que el otro no me escuchaba.

—Mi compatriota me habló de ti —dijo—, y si tú eres amigo de él eres amigo mío.

Ya no pensaba en escapar por estallido: pensaba escapar en un avión. Escapar por avión era no estar más en Buenos Aires, ni volver jamás a Junín. Hoy necesito un tiempo de gente extraña en sus signos. Poder ver sin ser visto, moverme sin compás,

sin tensión, sin domicilio ni recuerdo. Necesito dejarme llevar por caminos de pueblos nuevos, por caminos de ciudades grandes: caminos sin caminos y ciudades sin ciudades. Signos que no me signifiquen nada. Hoy.

—Si tú quieres —dice—, puedes ganar mucho con estos libros-que-se-venden-solos. Nos miramos cara joven y cara vieja, ojos de órbitas marcadas, dos cuerpos separados por la mesa. Nos miramos cabeza melnuda y joven, cabeza canosa de pelo ralo y viejo. Yo dije que vendí libros-que-se-venden-solos y que no gané mucho.

¡Ah! de breve estupor, y aseguró que yo no encaré entonces el asunto como era necesario. No le dije que le tenía miedo a la venta. ¿Vender qué? ¿Vender a quién y para qué? El negocio de los libros era demasiado literario para ser trágico. Yo quería tragedia con lenguaje, no tragedia muda y con saco.

—¡Quiero tragedia con lenguaje, no muda!

Él dijo:

—Tú estás loco.

No hablamos por un tiempo en que Pájaro volvió jurando matar al que le había robado a Marta. Hablamos de Junín.

—¡Gran pueblo! —dijo él.

Yo dije:

—Pueblo chato, pueblo-pueblo.

Él no contestó y pidió otro vinito, por favor, mientras yo aprovechaba el viaje del mozo y pedía otro cafecito, sin favor.

Yo tramaba un cuento (yo escribía), yo tramaba un cuento.

Un cuento, otro; un libro, otro; ¿más?: llegaría a ser apalabrado por mis propias palabras. El personaje de mi cuento era el colombiano. Lo dejaba escapar de la policía. ¿Cómo invento el delito? Me arrepentía y lo hacía correr por la calle Corrientes, mientras la metralla policial lo dejaba tendido sobre un asfalto demasiado machacado de pasos para recordarlo justamente a él. Por último, pensé que ésta era la Edad de la Opereta y no la de

la Tragedia. Entonces lo mandaba a Colombia en un avión que caía al mar y le hacía gritar: “¡Viva mi patria aunque *no* perezca!”. Recordé que una frase parecida era de un patriota, y cambié el grito por: “¡Ya hemos vencido al enemigo!”.

—Estos libros se venden como agua, se-venden-solos —volvía a decir él en un rapto de brutal manera comercial de relacionarse conmigo. Olvidado de los libros yo quería dormir en esas camas de hoteles baratos con olor a lavandina en las sábanas y un blanco duro de planchada rápida.

—Junín debe ser un pueblo maravilloso —me decía, sentado frente a mí.

Yo recité, y sé que siempre tendré esta memoria; entonces recité:

—Junín, Junín, un himno de victoria y creció la ciudad en el desierto...

Como todos miraban hacia nuestra mesa, el colombiano me gritó:

—Bueno, ¡basta ya, ya basta! —y volví a sentarme sin apuro.

—Otro vinito —dijo él y yo pedí otro cafecito. Ahora le hablaba de un San Martín con un dedo apuntando a la Intendencia, y el colombiano se maravillaba de este San Martín que hay en mi pueblo. Y seguía con las chicas impecables que dan vueltas con sus novios por las calles céntricas y los tipos que yiran en coche por las seis cuadras de prestigio y después le decía de la babosa que moría arrastrándose en un mosaico de 20 centímetros y le decía:

—Hombre de otro país —le decía—, hombre de otro país, yo no quiero morir como esa babosa que da vueltas.

Me decía que —él también decía, decía, decía— no tenía que ser tan miedoso y que ya vería cómo íbamos a ganar mucha plata, más de lo que yo pensaba. Gracias (yo). No hay de qué (él). Otro vinito. Otro cafecito. Pájaro volviendo, la risa de los Otros. Pájaro escapando.

—En Junín viven Antonio y Blanca, mis padres —le digo.

Se manda el vino para preguntarme, limpiándose la boca, si yo los quiero. Le digo que no sé si los quiero, pero que lo mejor es no querer a nadie. No comprende. Se rasca la cabeza. Nos miramos ahora donde los ojos son firmes y pienso que tres años atrás me hubiera asustado pensando en la locura. Pero aun tres años atrás en esta situación hubiese hecho lo mismo. A las seis horas de charla me dormía, y un tango sonaba en una radio, y el colombiano cruzaba épicamente las fronteras y ubicado en Cartagena discutía con un hermano cura y vomitaba, según decía, contra el fuerte de San Felipe. La herencia se le iba de las manos por una tramoya familiar y él, joven y bárbaro, se prendía a las polleras de la hija de un general, jugándose la vida en un acto de bravura erótica, enfrentando a toda la sociedad de Colombia, que se confabulaba para separarlos. Ahora cruzaba las sabanas colombianas, que no son las mariconadas de la novela de Rivera, sino una vorágine de sangre, sed y fuego como él la vivió y Rivera no, según dice. Él luchaba en los llanos colombianos con los machos, que eran machos porque habían nacido machos y seguirían siendo machos de puro machos, gritaba golpeando la mesa y los chiss-chiss de los mozos no hacían más que servir de música de fondo a lo que se desarrollaba en su cabeza. Embalado por los chiss-chiss de los mozos y los vinitos multiplicados, junto a mis cafecitos, me mostraba una rasgadura de cuchillo que le cruzaba el brazo y me miraba en desafío.

—Mirá —le decía—, mejor nos vamos a dormir y mañana nos llenamos de plata con esos libros-que-se-venden-solos.

Él no cedía en su matanza, y yo me asustaba por lo que tendría que escribir si no paraba: ya era necesario una novela con epílogo, prólogo, capítulos al medio, crescendo y descenso sin fatiga: maneras de ser leída, creadas con pleno conocimiento de las conciencias lectoras. Él se me escapaba de todos los cuentos tramados, La Gran Novela se dibujaba en mi cabeza, pero no se

escribía. Cuanto más se dibujaba, más me sentía tentado a escribirla y me poseía la tristeza de un trabajo para el cual era necesario tiempo, plata, casa, comida, máquina de escribir, distracción, amor y otras cosas que los novelistas declaran tener. Cómo podía, por dios, escribir esa novela, como *El Quijote*, y de menos páginas, en un siglo de mucha competencia, donde ya estaban los grandes que habían escrito lo único que a mí me parecía justo.

Otro vinito y otro cafecito: ahora José el Guapo, que era guapo, entraba en escena corriendo caballos de carrera, y como padrillo personal de mujeres de raza, de tan grande raza como la de los caballos que eran de lo mejor. Hermano —dijo terminante—, hermano, serás cura, pero yo soy macho. Y José el Guapo, que era guapo, les contestaba las cartas a todas las hembras de las cuales yo estaba podrido. Y sí me recordaré de los 30.000 que ganamos con un caballo que valía lo que vale un pedo. Le dije, no lo corras José, y él dijo lo corro porque soy guapo. Le dije, y nos dijimos, y él corrió igual y salimos ganando por tres cuerpos, con este José cojudo que era guapo. El cuento sin cuento era una novela de unos 34 capítulos. Esto sería falso: sería una que hace extensa una experiencia corta. José el Guapo, era guapo. Bien: ¿pero qué quiere decir éste con eso?

Me llegó un día un viejo a mi escritorio Luis XV y se paró mirando fiero y de costado.

—¿Quién sos, viejo? —le dije.

Me siguió mirando el guarango con una mirada de mierda que daba asco. Yo era un señor y lo miré más fiero con la cabeza inclinada como miran los señores, yo era un señor. Yo pensé que no era así: por ejemplo el escritorio no era Luis XV porque este XV de Luis las paga por todos los Luises más complicados. El XV romano es fácil: ¿Quién no se tentaría a tener un mate, una bombilla, un calzón o facón Luis XV? Además yo tenía amigos entendidos que sabían demasiado bien que nadie escribe una novela cuando, como yo, no conoce el verdadero significado de

las frases, el peso de las palabras, el sentido del verbo verbar. Un día pasé vergüenza al no saber contestar qué era semántica, frente a una mirada severa que parecía conocer todas las semánticas. Pero era un viejo encorvado y flaco el que llegó ese día a mi escritorio Luis XV:

—Siéntese, viejo —le dije.

—No —dijo el viejo y tiró un fajo de billetes sobre mi escritorio Luis XV.

—¿Qué es eso, viejo?

—Es la deuda de mi abuelo con su abuelo, adiós.

Así nomás te cuento.

—No sea prepotente —le dije y vi 70.000 colombianos sobre mi escritorio Luis XV—. Tómese un whisky conmigo y yo sí sabía de dónde era la maldita deuda; pero los viejos del llano no toman whisky y el viejo me miró fiero, ya me estaba haciendo enojar. Viejo que se caía de flaco, más flaco que los gorriones, el viejo flaco de mierda y claro que la deuda venía de antes porque mi padre y mi abuelo eran machos y hacían su propia Reforma Agraria y hasta le regalaban cafetales a la gente desgraciada de la zona esa donde ellos tenían sus riquezas.

Otro vinito, ¿tú qué tomas?

—Otro cafecito —dije y ya tenía el hilo del asunto—. No era un hilo muy claro pero se entendía, yo caminaba por la calle y encontraba un hombre: vos —le dije una vez—, querés que yo tenga miedo, qué me venís a contar historias de balazos.

Yo caminaba y un hombre se detenía cerca mío: era un hombre canoso. Yaco, un amigo, sonreía y pedía un whisky; entonces sabía que no estábamos en la calle, sino en un bar. Sabía que Yaco tomaba whisky porque era colombiano.

—El doctor es mi amigo —dijo el canoso mirando a Yaco.

Recordaba a Nora o a mi amigo Juan Mazzadi, de Junín. Ahí había como un suspenso: alguien giraba la cabeza, alguien caía de espaldas sobre el piso y se desarrollaba un acontecer de

rayos fulminantes y yo estaba en un inevitable cine de mi adolescencia con Flash Gordon en el Cosmos y los ojos hundidos en la pantalla.

—Mi hermano el obispo —dijo.

Estábamos allí, la noche y la niebla de un verano húmedo, vaporoso. Las hojas de algunas plantas exhalarían algo que no vería desde la mesa del bar. Entonces sé que se puede, que es verdad, que la idea de la alfombra es exacta, que se puede desarrollar una alfombra delante de uno, que se puede decir: pasé por el barro, pasé por el fuego, pasé por lo peor de lo peor; pero sin embargo nuestros pies se acurrucan dentro de zapatos exactos, nuestro cuerpo en su ropa: la alfombra está en nosotros. La alfombra pasa por donde no pasamos.

Mi hermano el obispo: insistías porque la amistad entre varones permite la insistencia; porque la soledad entre varones permite la insistencia; porque no sabías que delante tuyo había algo, estabas hablándote como quien se pajea: en verdad, aunque pasamos varios días juntos, nunca nos vimos la cara.

Mi hermano el obispo y las verijudas de mis primas, hembras reprimidas y trotadoras aunque se hacían las mosquitas muertas; todos ellos se ensañaron para que perdiera a mi hembra. Mis primas son mala entraña como mi hermano el obispo y te digo a ti que no hay peor enfermedad para nadie que el no cojer suficiente, cuando las verijudas de mis primas no eran cojidas anduvieron contra mí porque no me metí en las verijas de ellas como un macho; por celo de hembras se me tiraron en contra, yo que no sabía estar más caliente con la hija de ese general, ella era mujer vana y bonita que se quería figurar. Yo me quería pasar el día cojiéndola y ella que se quería pasar el día mostrándose a los amigos; y así me fui a pelear al llano, ya podrido de esa vida vana; y también me fui al llano porque soy macho.

La noche sobre esos edificios que alcanzo a ver en parte desde esta mesa de café. Lo ojos no tienen casas pero sí las calles

asfaltadas: casas viejas, casas nuevas, toda suerte de casas; todo un gran caserío. Las esquinas declinan hacia el río; pero aún no hay peligro. Escribir un cuento que empiece nombrando cualquier cosa y termine de manera que yo sienta que está todo nombrado, que otro esfuerzo carece de sentido: un final como una plena justificación. La calle está cómo decir; mirar desde un submarino las calles sucias del Brasil.

Sé que tengo que eliminar esta idea de hacer literatura. Muchas veces (el colombiano mira a los mozos y trata de encontrar, eso creo, la forma de pelearse con uno de ellos) me criticaron esta idea: la intensidad de la vida misma, la dureza aceral de la realidad, lo cotidiano; pero sigo tan aburrido y tenso como hace tres años.

Allí está ahora —me es fácil imaginarla—, la forma de todas las aristas en una sola forma, está allí la forma de la arista mayor como quien dice el palo mayor de un barco. Esta noche que pienso en barcos, y ya con ésta tres veces que digo barcos y sin embargo jamás estuve dos horas arriba de un barco. Desde chico pensaba que uno tenía que hacer un poco de todo.

- 1) Viajar en avión.
- 2) Viajar en barco.
- 3) Largarse en paracaídas.
- 4) Subir a una montaña.
- 5) Hacer cosas prohibidas en general y particular.

Hacer lo que más repugna a los viejos y a la gente que le repugna a uno. Pero nunca me puse a enumerar de manera sistemática mis deseos. A lo mejor escribir, justo ahora se me ocurre, es una forma de enumerar. Una forma infantil.

El colombiano quiere otro vinito y me convida con otro cafecito. Espero que se canse; esta noche sé que dormiré donde él me lleve.